

EL BAUTISMO:
INMERSION EN LA PALABRA, CRISTO¹

MANUEL GESTEIRA GARZA
DIRECTOR DE LA REVISTA (1984-1987)

I. LA PALABRA,
DIMENSION ESENCIAL DEL SACRAMENTO

Si en otras épocas anteriores de la vida de la Iglesia prevaleció la importancia del rito que *ex opere operato* comunicaba la gracia, ahora sería preciso -sin negar lo anterior- destacar en mayor grado el valor de la palabra en el sacramento. Palabra que por una parte conforma y constituye como algo esencial la realidad de todo sacramento cristiano. Al añadirse la palabra al rito, había dicho ya san Agustín, se realiza el sacramento².

Es sin duda característica propia del sacramento cristiano esta dimensión de la palabra que acompaña al rito, explicitándolo y dándole sentido y significado. Pero la palabra sacramental no puede quedar reducida al mero momento puntual de la pronunciación de una fórmula (en el sentido de la “forma” -yo te bautizo...- que se agrega al agua como “materia”) en la estricta celebración ritual, sino que se despliega en una dimensión mucho más amplia. Esa palabra que destaca en el sacramento estrictamente dicho, ha actuado ya anteriormente mostrando su virtualidad en la palabra evangelizadora que precede (como catequesis o catecumenado) al rito bautismal, que lo acompaña

¹ Fue publicado en *Teología y Catequesis* 18 (1986) 189-199.

² “Quitad la palabra, ¿qué viene a ser el agua sino agua? La palabra sobreviene al elemento, y se hace el sacramento, siendo este mismo una palabra visible”, había dicho Agustín: *Tr. in Io* 80, 3 (PL 35, 1840).

(como forma o palabra sacramental) y que luego lo sigue y en cierto modo lo prolonga como palabra que genera la sucesiva profundización y la “iluminación” de la fe que, sellada en el bautismo, debe incrementarse en todo el decurso de la vida cristiana. Tratamos pues de situar en una estrecha relación la palabra de la catequesis con la palabra que como “forma” o fórmula bautismal, se pronuncia en el sacramento.

II EL BAUTISMO: UNA PALABRA DE FILIACION, DE ALIANZA Y DE GRACIA

Frente a las abluciones rituales, propias tanto de las religiones³ del judaísmo veterotestamentario⁴, Juan el Bautista, ya en los umbrales Nuevo Testamento, aparece inaugurando un rito bautismal cuya novedad radica en que acompaña ese rito con la palabra: con una predicación que da sentido y profundidad a la celebración lustral. Hasta el punto de que Juan recibe el apelativo de Bautista, es decir, de “bautizador” por antonomasia⁵. La figura del bautizados implica la presencia de una persona que toma parte activa -a través de la palabra y el gesto- en un rito que es algo más un mero sumergirse, por propia inicia-

³ Cf. sobre el bautismo en las religiones el resumen que hace S. G. F. BRANDON, “Bautismo”, en: *Diccionario de Religiones Comparadas* (Madrid 1975) tomo I, 284, (así como las voces allí citadas) y art. “Baño Ritual” en: *ibid.* 271-272. Cf. también G. WIDENGREN, *Fenomenología de la religión* (Madrid 1976) 200-220. Si bien estos autores incurren en una identificación demasiado apresurada entre ciertos ritos de purificación en las religiones y el bautismo cristiano precisamente porque contemplan únicamente el rito material, olvidando la dimensión de la palabra.

⁴ Cf. diversos ritos de purificación en el judaísmo en Ex 30,17 ss.; Lv 14 y 15; y Nm 19, etc. Cf. también sobre esto: R. DE VAUX, *Instituciones del Antiguo Testamento* (Barcelona 1985) 581-586.

⁵ Este rasgo diferencia el bautismo de Juan de otros bautismos contemporáneos como el de los prosélitos, las purificaciones de Qumran o el bautismo -algo posterior- de los mandeos. El término “bautista” o bautizados (*baptistés* en griego), que aparece con cierta frecuencia en los Sinópticos (así como en FLAVIO JOSEFO, *Ant. jud.* 18, 5, 2. para designar al Bautista) es un neologismo o un término nuevo inventado e introducido por el cristianismo. De hecho no aparece nunca en ámbitos no cristianos (ni en la literatura pagana helénica anterior). Cf. W. BAUER, “Baptistés”, *WzNT*, 263, así como A. ΟΕΡΚΕ, “Baptistas”, en *ThWNT* I, 544.

tiva y en solitario, en las aguas lustrales. Esto significa un giro copernicano en el tema de la ablución, porque implica no sólo una mera purificación sino además una interrelación personal a través de la palabra (relación personal con el Misterio a la vez que interhumana). De este modo el rito de ablución, propio de todas las religiones, se convierte en una celebración de algún modo dialogal y por ello comunitaria.

Sin embargo la palabra del Bautista era fundamentalmente una palabra situada más bajo el peso de la ley que de la gracia y el perdón: era un “bautismo de penitencia” (cf. Mc 1,4; Mt 3,11) que apelaba sobre todo “a la ira (de Dios) que está a punto de llegar”, así como a la amenaza de un fuego inextinguible (cf. Mt 3,7-12 par.). Por eso el bautismo de Juan dista aún mucho del bautismo del Espíritu que será propio de Jesús (cf. Mt 3, par; Jn 3,3-8).

En la persona de Jesús acaece, para el rito bautismal, una inflexión importante. El se sometió al bautismo de Juan, y sin duda a la palabra rito. Sin embargo, en el bautismo de Jesús resuena una palabra del todo nueva es la palabra del Padre pronunciada sobre él y que da el verdadero sentido de lo que está acaeciendo en ese momento clave de su existencia terrena⁶. Esta palabra, que como “voz del cielo” (Mc 1,11 y par.) es pronunciada en el bautismo de Jesús, es en cambio una palabra de amor y de gracia, afirmación clara de la filiación y de la elección del Hijo amado por parte del Padre que envía su Espíritu. Una palabra, por tanto, que expresa la paternidad de Dios para Jesús y la filiación del Hijo; muy distante de todo lo que pueda significar ira o condenación. Palabra en la que de algún modo resuena, aunque amplificada y profundizada en grado sumo, aquella formulación de la alianza antigua: “vosotros sois mi pueblo y yo soy vuestro Dios” (Ez 36,28; Jr 31,33 etc. -aunque referido al futuro de la alianza nueva-; cf. también Dt 7,6).

⁶ El hecho histórico del bautismo de Jesús por Juan es algo hoy generalmente aceptado. El carácter de opción que implica para Jesús aparece por contraposición a la tentación en el desierto, que lo sigue y donde se le ofrece a Jesús una forma de vivir la filiación “en poder” que él rechaza desde la experiencia bautismal que remite fundamentalmente al Hijo como Siervo.

Sin embargo esta palabra de Dios que parece resonar de forma audible, no es para Jesús algo puramente exterior⁷, sino que resuena en él desde lo hondo de su propio ser. En realidad es palabra esculpida a fuego –con el hierro candente del Espíritu- en las entrañas y en el corazón (como la alianza nueva) porque forma parte constitutiva de lo más hondo de su propia realidad personal. Por eso la Palabra del Padre, inscrita en el corazón del Hijo, se resuelve y se prolonga en la actitud de obediencia filial plena, propia del siervo obediente de Yahvé⁸. Esta respuesta filial, como entrega total de sí mismo por los hombres al Padre, viene expresada en aquellos pasajes de los Sinópticos en los que el propio Jesús hace referencia a un “bautismo con el que ha de ser bautizado”, y que no es ya el bautismo pretérito del Jordán sino un futuro “bautismo de sangre” que implica la donación y la entrega de sí mismo hasta la muerte (cf. Mc 10,38-39 y par; Lc 13,50), prefigurada en el anterior bautismo de agua.

III. EL BAUTISMO COMO INMERSION EN EL EVANGELIO DE JESÚS Y EN EL CREDO DE LA IGLESIA

1. *La fórmula bautismal*

La fórmula del bautismo (“yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”) habla en primer término de “sumergir”. Eso es lo que significa en griego la palabra “bauti-

⁷ Algunos autores admiten la posibilidad de que la “voz del cielo” fuese escuchada únicamente por Jesús, aduciendo como razón el que en Marcos 1, 11 y Lucas 3, 32 va dirigida únicamente a él (“tu eres mi Hijo”), mientras que sólo en Mateo 3,17 la voz parece dirigirse al pueblo, y por ello de forma exteriormente audible (“este es mi Hijo”). El hecho de que el Bautista envíe más tarde a preguntar quien es Jesús (cf. Mt 11,2-3; Lv 7,19-21 -fuente Q-) parece presuponer que no escuchó la voz en el Jordán. Podría tratarse, pues, de una palabra que resuena en el interior de Jesús (a la luz de Is 42,1-4) reflejada en una experiencia íntima, similar a la que aparece en Lc 10,18.

⁸ Las palabras que se escuchan en el bautismo de Jesús (sobre todo en el texto de Mateo) reflejan aquellas otras palabras dirigidas al Siervo de Jahvé en el Antiguo Testamento (cf. Is 42,1) y por las que se le designa como “elegido”: Dios lo “ha formado, y puesto como alianza del pueblo” (*ibid.*, v. 6).

zar”⁹. Por otra parte, el “nombre” equivale en las culturas antiguas -también en el hebreo-, a la persona.

En la Iglesia primera el bautismo era conferido “en el nombre de Jesús” (cf. Hch 8,16; 19,5; 1 Co 1,13-15; Rm 6,3; Ga 3,27), es decir, como incorporación a la persona de Jesús, a su vida, muerte, sepultura y resurrección¹⁰. Más tarde, ya a finales de la época neotestamentaria -hacia los años 90 a 100-, empieza a utilizarse la actual fórmula trinitaria¹¹. Esta fórmula trinitaria no es más que el desdoblamiento de la anterior fórmula cristológica: incorporados en el bautismo a Cristo, el Hijo, y por ello recibiendo su Espíritu, quedamos también incorporados al Padre -e inmersos en la Trinidad- como hijos en y por el Hijo único.

Ahora bien; esta “inmersión” o incorporación a Cristo -por la que nos hacemos cuerpo suyo, Iglesia¹²- es lo que constituye la realidad fundamental del bautismo. De aquí que el efecto primordial de este sacramento, más que lavar el pecado original o cualquier otro que haya en el que se bautiza, sea la incorporación del hombre a la persona de Cristo, el Hijo (y por él y en él

⁹ El verbo bautizar aparece varias veces en la versión griega (LXX) del Antiguo Testamento con el sentido de introducir o sumergir en agua (o en sangre, etc.). Los términos griegos utilizados son: *baptein* (cf. Lv 4,6-17; Jos 3, 15; Rut 2, 14; Jdt 12,6-9) o *baptizein* (verbo empleado en el caso de Naamán el sirio, a quien el profeta Eliseo ordena sumergirse o bañarse siete veces en el Jordán).

¹⁰ Cf. Rm 6,3-11; Col 2,12 (donde se ve cómo para Pablo, al igual que para Jesús -cf. Mc 10,38; Lc 13,50-, el bautismo dice relación a la muerte o a la entrega total de sí mismo primero de Jesús, luego del bautizado -sumergido- en él). Por otra parte la fórmula “en el nombre de Jesús” (*eis to onoma* en griego) tiene un sentido de dinamismo o de movimiento que conduce hacia la persona de Jesús. Sobre la equivalencia de “nombre” y “persona” cf. p. ej., Hch 4,12.

¹¹ La fórmula trinitaria aparece por primera vez en la *Didaché* 7, 1 y 3 (“bautizado en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”) a la vez (*ibid.*, 9, 5) que se conserva también la antigua fórmula (bautizados “en el nombre del Señor”) (cf. D. RUIZ BUENO, *Padres Apostólicos* [Madrid 1950] 84-86). Esta segunda fórmula reaparece todavía en el *Pastor de Hermas* (vis. III, 7, 3; cf. también comp. IX, 12 5; D. RUIZ BUENO, *ibid.*, 957-1065). Por ello se cree que la fórmula trinitaria de Mt 28,19 está en cierta dependencia de una época más tardía.

¹² “Todos vosotros habéis sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo” (1 Co 12,13 [cf. Col 3, 11]).

al Padre y al Espíritu)¹³. La purificación del pecado será más bien la consecuencia de esa participación en la vida y la luz de Cristo (y no a la inversa)¹⁴. La inmersión en el agua, que realizaba la Iglesia antigua, significaba la inmersión en Cristo, el “agua viva” (cf. Jn 4,10.14; 19,34).

Pero el contenido de la fórmula bautismal no queda encerrado en el estrecho marco del momento puntual sacramental, sino que se despliega, y se abre hacia el tiempo anterior y posterior al sacramento y al rito del bautismo. Hacia el tiempo anterior, las palabras del bautismo se desdoblán en el anuncio del misterio cristiano y en la progresiva incorporación a él: algo que acaece en la catequesis así como en el catecumenado. Por ellos el candidato se va incorporando progresivamente al camino de Jesús, a su vida, su muerte y su resurrección¹⁵. Desde esta perspectiva la realidad que comunica el bautismo –como inmersión en Cristo, y por él en la Trinidad- se inicia ya por la catequesis bautismal (y el catecumenado) en cuanto que ésta va “sumergiendo” e incorporando al hombre en el misterio de la salvación. Por eso no cabe desligar la catequesis prebautismal del sacramento del bautismo. Este llega a florecer a partir de la catequesis anterior, y ésta encontrará por fin en el sacramento su sello final y su plenitud¹⁶. La disociación radical entre ambos momentos fue nefasta para la vida de la Iglesia¹⁷.

¹³ “Los que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo” (Ga 3,27).

¹⁴ “Esta ablución se llama iluminación porque quienes recibieron esta doctrina, tienen el espíritu lleno de luz. Por eso en nombre de Cristo... y en nombre del Espíritu..., *es lavado aquél que es iluminado*”, afirma S. JUSTINO, *Apol.* 61, 10-13 (PG 6, 421B). “Al ser bautizados se nos ilumina; al ser iluminados se nos hace hijos; al convertirnos en hijos se nos torna perfectos” dice el gran catequeta CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Paed.* 1, 6, 26, 3 (PG 8 280-281).

¹⁵ Sobre el desarrollo del catecumenado primitivo cf. un resumen breve en M. RIGHETTI, *Historia de la Liturgia* (Madrid 1956) II, 649-686.

¹⁶ Pues “la catequesis conduce a la fe. Y la fe, unida al bautismo, es adoctrinada por el divino Espíritu”, dice CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Paed.* I, 6 (PG 8, 85C).

¹⁷ Esta disociación se acentuó con la irrupción de los bárbaros y su posterior conversión masiva al cristianismo. El año 496 tiene lugar en Reims la conversión de Clodoveo con los francos y un siglo más tarde, el año 589, la de Recaredo con los visigodos,

En consecuencia cabe afirmar que no hay más que una única palabra, que se hace en un primer momento anuncio y catequesis y que deviene, en un momento posterior, sacramento a través de un significativo gesto visible de inmersión (tal como lo realizaba la Iglesia antigua). Pero esta inmersión sacramental en el misterio de Cristo tiene sus prolegómenos en una etapa anterior al sacramento: éste vendrá al final a celebrar, por una parte, todo un camino previamente recorrido y, por otra, a sellar y a confirmar la palabra acogida en la fe. Por eso los Padres hablan del sacramento del bautismo como “sello de la fe”¹⁸. A su vez la fórmula bautismal, “yo te bautizo (sumerjo) en el nombre (la persona) del Padre, el Hijo y el Espíritu”, constituye el mejor resumen o el compendio de todo lo que la catequesis anterior ha intentado mostrar y realizar: sumergir al hombre, por la fe, la esperanza y el amor, en el misterio salvador del Dios Padre a través del Hijo en el Espíritu. Por, eso algunos Padres insistieron en la estrecha relación que establece el texto de Mt 28,19 entre “Id, enseñad” y “bautizad”, de tal manera que el bautismo presupone la palabra anterior, una catequesis (que en el caso del bautismo de niños deberá orientarse hacia los padres y padrinos como aquel ámbito –la “iglesia doméstica”, de que habló Pablo¹⁹- en el que el niño recibe la fe junto con el bautismo).

Pero a su vez el bautismo, como acto sacramental, no queda tampoco cerrado o clausurado en sí mismo, sino que abre todo un proceso de ulterior profundización en la palabra de Dios, que deberá acompañar el entero transcurso de la vida huma-

en Toledo. Lo cual contribuyó a la posterior administración indiscriminada del bautismo, sin una catequesis suficiente.

¹⁸ Las fórmulas *signaculum fidei*, *pactio fidei* o *testatio fidei* se encuentran ya en TERTULIANO (cf. *De Bap.* 6: CChr 1, 282; *De Pud.* 9, 16: CChr II 1298). De modo similar en SAN BASILIO: “Id, dice el Señor, enseñad a las naciones, bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu. En efecto, *el bautismo es el sello de la fe*, y la fe es la adhesión a la divinidad. Por tanto primeramente hay que creer...” (*Contr. Eunom.* III, 5: PG 29, 665).

¹⁹ Sobre el valor de la “iglesia doméstica” cf. Pablo. en Rm 16,4; 1 Co 16,19; Col 4,15; Flm 2.

na²⁰. No en vano, como sucedió en Jesús, el bautismo es signo del futuro: de la oblación y la entrega radical de la vida por los otros, así como de la plenitud escatológica²¹. “Bautizado una vez en agua por el sacramento, es preciso ser bautizado sin cesar por la fe”, había dicho con razón Lutero²². En este sentido la vida cristiana -guiada y acompañada por la palabra de Dios- tiene que ir ahondando cada vez más aquella “inmersión” en el misterio de la salvación que acaeció un día en el bautismo al profundizar en la alianza y la filiación que en él han quedado establecidas y selladas.

2. El bautismo y la “palabra evangélica”

En su libro *De Baptismo contra donatistas* afirma repetidas veces S. Agustín que el bautismo es consagrado por la palabra evangélica (con la que alude con frecuencia a la fórmula trinitaria de Mt 28,19). En efecto, los sacramentos más importantes de la Iglesia, como son el bautismo y la eucaristía, están respaldados y como contruidos desde la palabra de Cristo en el evangelio. Esta palabra de Cristo, tal como se conserva en el evangelio de la Iglesia, es la que confiere todo su poder y su eficacia a estos sacramentos²³. Pues la palabra que pronuncia

²⁰ Fue sobre todo ORÍGENES quien consideró la vida cristiana como un desarrollo de la gracia bautismal. De modo similar la purificación no se cierra en el bautismo sino que es condición permanente de la vida cristiana. Orígenes se sirve de la clave del éxodo, iniciado bajo el signo del Mar Rojo, como expresión de que también en el bautismo comienza un camino que sólo terminará en la tierra prometida (cf. *In Ex. hom.* 3, 3; *In Ios. hom.* 5, 1: PG 12, 313-316.847. Así como *In Io com.* 6, 33: PG 14, 289-292).

²¹ Es el catequeta CLEMENTE DE ALEJANDRÍA quien insiste en la dimensión progresiva del bautismo: su consumación “está reservada para la resurrección de los creyentes” (*Paed.* I, 6, 28, 4-5: PG 8, 304-306). También TOMÁS DE AQUINO, habla del sacramento como *signum rememorativum* de la pasión de Cristo, en el pasado; *demonstrativum* de lo que en nosotros acaece en el presente por la misma pasión de Cristo (la gracia) y *prognosticum* o *prenuntiativum* de la gloria futura así como del fin último de nuestra santificación (STh III, q. 60, a. 3 ad c).

²² *Ita semen es baptisatus sacramentaliter, sed semper baptisandus fide* (*De Capt. Babyl.* [WA 6, 535, 11]).

²³ *Baptismus vero Christi verbis evangelicis consecratur* (*De Bapt.* III, 10, 15: PL 43, 144). Habla asimismo AGUSTÍN de *certa illa evangelica verba, sine quibus non potest*

el ministro no es una fórmula inventada por la Iglesia en el curso del tiempo, sino que hunde sus raíces últimas en la palabra misma o en los gestos del Señor.

Pero el evangelio no es sólo el que determina la realidad del sacramento al convertir la ablución en un misterio sacramental, sino que además constituye el común denominador que envuelve con su presencia todo el proceso bautismal. Pues el evangelio es el que ilumina los primeros pasos del que se prepara al bautismo y es el centro de la palabra anunciada en la catequesis prebautismal. Por eso con razón se hacía presente el evangelio en todo el dinamismo de preparación al bautismo: en el catecumenado primitivo la *treditio evangelii* o entrega del evangelio (que tenía lugar en Roma el miércoles de la cuarta semana de cuaresma)²⁴, es expresión de esta ineludible presencia de la palabra evangélica en la catequesis bautismal. Luego este evangelio que se había ido desplegando ante los ojos de los catecúmenos, encontraba de alguna manera su compendio y su síntesis en ese punto focal de la celebración bautismal, donde por una parte la misma palabra evangélica que había encendido el corazón y la fe de los bautizados constituía ahora la palabra que confiere virtud eficaz al sacramento. Por otra parte el sacramento mismo, al incorporar a la persona de Jesús en el dinamismo que conduce desde la encarnación, por la muerte, a la resurrección, sumerge también al neófito en el espíritu y la hondura del evangelio.

Por último la *sacra pagina* que guió los primeros pasos de la preparación al bautismo y que sostiene la realidad sacramental y le da vigor, acompaña luego toda la vida del bautizado, en cuanto ésta implica un progresivo avance en la identificación creyente con el contenido del evangelio (y que no es otro que la persona misma de Jesús). De esta manera el evangelio acompaña con su luz -como la nube luminosa del desierto- todo el camino del éxodo o de la pascua cristiana: se hace presente en el momento inicial de la salida de Egipto; interviene con fuerza singular en ese momento crucial del paso del Mar Rojo, y

haptismum consecrari (*ibid.*, IV, 25, 47: PL 43, 214), entre otros muchos pasajes similares.

²⁴ Cf. RIGHETTI, II, 666.

acompaña luego el caminar difícil del pueblo en el desierto hacia la tierra prometida. La presencia singular del evangelio en todo este proceso señala la dimensión cristológica del bautismo y es en cierto modo explicitación de aquella fórmula bautismal de la Iglesia primera cuando bautizaba “en (hacia) el hombre de Cristo”: la inmersión en Cristo es a la vez, e inseparablemente, una inmersión en su evangelio.

3. La palabra bautismal y el “credo” o profesión de fe de la Iglesia

También la palabra o el símbolo de la fe, el credo, dice estrecha relación al bautismo desde los primeros tiempos de la Iglesia²⁵. Ya Ireneo hable credo como “la regla de la verdad” recibida en el bautismo²⁶, y llega a afirmar además que en el credo está contenido lo sustancial del evangelio has punto de que en el credo estaría la regla de la fe si hubiese falta Escritura²⁷.

Paralelamente a lo que había afirmado de la fuerza de la “palabra evangélica”, Agustín es también de la opinión que el poder del bautismo se debe a la palabra “no porque sea dicha, sino porque es creída”²⁸. Por eso esta fe comunitaria de la Iglesia (en la que se enmarca la fe personal del bautizado) y que se explicita en los símbolos, forma parte también, junto a la palabra (y como respuesta a ésta), de todo el proceso bautismal²⁹.

En primer término la confesión de fe en el Padre creador, en el Hijo salvador y el Espíritu vivificador y santificador constitu-

²⁵ O. CULLMANN es de la opinión que la preparación bautismal es uno de los “Sitz im Leben” o situaciones históricas que dan origen a las más antiguas confesiones de fe: cf. “Les premières confessions de foi chrétiennes”, en: *La Foi et le Culte de l'Église primitive* (Neuchâtel 1964) 57-58. 72-75. Cf. también el interesante capítulo “Credos y bautismos” de J. N. D. KELLY, *Primitivos Credos Cristianos* (Salamanca 1980) 47-81. Este autor discute y matiza algunas de las afirmaciones de O. Cullmann.

²⁶ Cf. IRENEO, *Adv. Haer.* I, 9, 4 (PG 7, 545B).

²⁷ Cf. *Adv. Haer.* III, 4, 1 (PG 7, 855B).

²⁸ AGUSTÍN, *Tract. in Io* 80, 3 (CChr 36, 529).

²⁹ El mismo TOMÁS DE AQUINO habla también de una previa incorporación a Cristo por la fe que luego se plenifica en el bautismo: “Por la fe que precede a su bautismo, los adultos son incorporados a Cristo interiormente; pero cuando son bautizados, son incorporados de cierta manera en su cuerpo por el sacramento visible” (*STh* III, q. 69, a. 5 ad c).

yó en la Iglesia antigua la “fórmula sacramental” que constituía el rito bautismal como sacramento. A la triple pregunta: ¿crees en el Padre, en el Hijo Jesucristo y en el Espíritu? sucedía cada vez una inmersión en el agua³⁰. Aparece aquí con claridad como la fórmula “bautizar en el nombre” significa también sumergir en la realidad de la Trinidad tal como es creída y anunciada por la comunidad creyente en sus símbolos de la fe. Es, no sólo inmersión e identificación con el evangelio (y la persona de Jesús) sino también con la profesión de fe de la Iglesia.

Pero el símbolo de la fe, que constituye la palabra o fórmula sacramental del bautismo en ciertos momentos de la historia de la Iglesia antigua era también el objeto fundamental de la catequesis prebautismal. Lo fue asimismo del catecumenado, en el que junto a la entrega del evangelio (*traditio evangelii*) tenía lugar además la entrega del símbolo de la fe o credo (*traditio symboli*) en la que el pontífice leía una explicación del símbolo advirtiendo a los candidatos al bautismo que “debían fijar el texto, no sobre el papel sino en la página de vuestro corazón”. Luego, en la misma vigilia del sábado santo poco antes de la recepción del bautismo, tenía lugar –ya desde principios del siglo IV– la *redditio symboli* o formulación en voz alta, por parte de los bautizandos, del símbolo de la fe que debían de haber meditado y aprendido en la catequesis y en la preparación prebautismal³¹. De este modo también el credo o profesión de fe acompaña todo el proceso bautismal: está presente de forma explícita en la catequesis que precede al sacramento y reaparece luego –durante un largo período de la tradición litúrgica cristiana– en el momento mismo de la celebración bautismal como palabra que da forma y significado al rito y que en cierta medida condensa, sintetiza y plasma en el acto

³⁰ Esta triple pregunta (en torno a los tres artículos fundamentales del credo) así como la triple inmersión se refleja ya en TERTULIANO (*De Cor.* 3: CChr 2, 1042). Y aparece con toda claridad en la *Tradición Apostólica* de HIPÓLITO en el siglo III. Casi dos siglos más tarde AMBROSIO vuelve a hacer referencia a este rito y habla de una “triple interrogación, triple confesión (de fe) y triple inmersión” (*De Sacr.* II, 7: PL 16, 448B). Cf. KELLY, 58-68. Esta fórmula bautismal interrogativa se mantiene en la liturgia romana hasta bien entrado el siglo VIII: cf. RIGHETTI, 693-699.

³¹ RIGHETTI, 669.680.

sacramental la palabra de Cristo y la fe de la Iglesia desplegadas anteriormente en la catequesis bautismal como preparación de los catecúmenos.

Pero esta fe activa, profesada, de la comunidad eclesial en la que hemos sido bautizados (sumergidos o inmersos) no puede reducirse al mero rito bautismal, sino que deberá presidir en adelante todo el camino y el dinamismo ulterior de la vida cristiana del neófito. Tampoco en este sentido puede ser el bautismo algo clausurado en sí mismo o algo que pueda quedar reducido al breve tiempo de una celebración litúrgica, sino que como inmersión en la profesión de la fe viva de la Iglesia, implica la confesión explícita de la fe bautismal -con la palabra y las obras- a lo largo de todo el transcurso de la vida humana.

Digamos, por último, cómo un teólogo tan especulativo como Tomás de Aquino no dejó de preocuparse por esta cuestión, planteándose expresamente el tema de la relación entre catequesis y bautismo³². Tomando pie de la afirmación de otro teólogo de la alta Edad Media, Rabarrio Mauro, Tomás sostiene la necesidad de una catequesis prebautismal porque “el bautismo es el sacramento de la fe cristiana, por ser él mismo profesión de esa fe cristiana. Pero para que uno acoja la fe se requiere el que alguien le instruya acerca de esa fe” pues la fe viene de la audición (cf. Rm 10,14-17). Por eso “el bautismo deberá ir precedido adecuadamente por el catecismo” o catequesis³³.

Refiriéndose a continuación al bautismo de niños, afirma que aquél que responde “creo” en el nombre del bautizado “no asegura de antemano (*praedicit*) que el niño creará cuando llegue a la edad adulta..., antes bien, hace es profesar la fe de la Iglesia en persona (o representación) del niño a quien (esta fe) se le comunica al administrársele el sacramento”³⁴.

³² En la *Summa Theologica* III, q. 71, a. 1, Tomás se pregunta expresamente *Utrum catechesis debeat praecedere baptismum*.

³³ Y añade: el mismo Cristo (en Mt 28,19) antepuso el enseñar al bautizar: *praemittit doctrinam baptismi*. (Si bien Tomás parte, al hablar así, del texto latino de la Vulgata, ya que el griego del Nuevo Testamento no habla estrictamente de “enseñar” sino de “hacer discípulos”).

³⁴ *STh* III, q. 71, a. 1 ad 3.

En otro momento posterior vuelve a preguntarse santo Tomás quién debe dar esta catequesis prebautismal. Y responde estableciendo diversos grados o formas de esa catequesis: una ordenada a la conversión (*instructio conversiva*), que compete a todos los miembros de la Iglesia, en primer al obispo, pero también “a todo predicador así como a cualquier fiel”. Otra segunda ordenada a la instrucción (*instructio*), que debe preparar al hombre en lo que atañe a los rudimentos de la fe y a la adecuada recepción de los sacramentos. Corresponde impartir esta catequesis de por sí (*principaliter*) a los sacerdotes, pero también (secundario) a otros “ministros” (y cita a los lectores o acólitos como ejemplo). Esta afirmación de Tomás es interesante porque da la impresión de que el Doctor Angélico piensa en la catequesis como un ministerio en la Iglesia para el que se requiere cierta “ordenación” aún cuando ésta no sea sacramental. En tercer lugar estaría la instrucción sobre el decurso y la praxis de la vida cristiana (*instructio de conversatione christianae vitae*), que corresponde a los padrinos y a los padres. Y por último la catequesis sobre los misterios más profundos de la fe y de la perfección cristiana y que pertenece por oficio a los obispos³⁵.

IV. CONCLUSION

De acuerdo con un autor actual podemos afirmar que “la palabra sacramental es en sí misma *palabra de fe* por su origen evangélico, por su relación con el símbolo y por su contenido mismo”. “La palabra de fe consagra efectivamente el bautismo, no porque es a la manera de una idea platónica subsistente y operante por sí misma, sino porque es la palabra de la Iglesia expresión de su fe”³⁶. A su vez, esta palabra de la Iglesia, prolonga y refleja la palabra misma del evangelio.

³⁵ *STh* III, q. 71, a. 4 ad 3. En este artículo comienza preguntándose TOMÁS por el sujeto del ministerio catequético: *utrum sit officium sacerdotis catechizare?*

³⁶ Así lo afirma con razón A. PALENZUELA, *Los Sacramentos de la Iglesia* (Madrid 1965) 280-281.

En consecuencia es preciso superar toda disociación entre el bautismo –como momento puntual, aislado- y la palabra o la fe que abarcan todo el decurso de la vida humana. En el sacramento del bautismo viene a desembocar, por una parte, un tramo más o menos largo de la existencia del hombre sometido a una preparación catequética que encuentra en la acción sacramental su culminación -como camino de fe- a la par que su celebración festiva. Pero en ese mismo sacramento comienza también el curso de una vida nueva que no es otra que la vida de los hijos de Dios (pues el bautismo es -además de iluminación- regeneración o nuevo nacimiento): esto hace de toda la vida cristiana ulterior una prolongación incesante del bautismo sacramental. No en vano Jesús puso en estrecha relación su bautismo en el Jordán con el bautismo de su vida -y de su muerte- realizado en la entrega constante de sí mismo por los otros al Padre y que prolonga, ahondándolo, el bautismo de agua recibido un día.

Esta conjunción estrecha entre el bautismo y la vida, implica también la participación en el misterio bautismal no sólo del niño que se bautiza, sino también -en diversos grados- de sus padres y padrinos así como de la entera comunidad cristiana. Cabría decir que, cada vez que alguien recibe el bautismo, sea adulto o niño, todos participamos y, en cierto modo, renovamos nuestro propio bautismo en lo que este implica de inmersión, cada vez más honda, en lo que constituye la realidad última de este sacramento y que no es otra que el misterio salvador del Padre hecho carne en su Hijo Jesucristo y otorgado a través del sello del Espíritu (cf. Ef 1,3-14), y tal como este misterio viene explicitado en la página evangélica y en la fe viva de la Iglesia, cuerpo de Cristo. Misterio que se nos hace presente a través de la palabra salvadora en la catequesis y en el sacramento, y que deberá ser acogida en nuestro corazón por la fe.